

Hubo un hombre prodigioso, por su valor invencible y caveza pensadora, que á una señal de sus ojos los cetros se rompian y las coronas rodaban. Ese coloso, gloria de la Francia, que se cubrió de laureles porque su voz era la voz de la victoria, se estrelló contra el pueblo de España, que al sacudir el pabellon nacional pisoteado por el gigante, cantó á la libertad sus triunfos el 2 de Mayo de 808.

En la congregacion de Dolores un anciano venerable, de robusta inteligencia y corazon heroico, medita como Moises sobre las desgracias del pueblo; y la patria se sonrie. El júbilo nos lo dice, se llama Hidalgo este varon inmortal.

La revolucion de Francia que truena como el rayo, y que nunca deja de tronar, ha llegado á sus oídos y en ellos resuenan dulcemente los cánticos de la península por las victorias del pueblo. Conmovido, entonces, dirije sobre la patria una mirada de sorpresa, y distinguiendo sus heridas y agonias con la luz brillante que arrojaron hasta nosotros las víctimas del 2 de Mayo, los mártires de la independencia, esclama como el ateniense Codro: ¡morir por ella, ó salvarla! y ¡morir por ella, ó salvarla! esclaman tres grandes hombres, que lo estrechan en sus brazos, Allende, Aldama, y Abasolo. ¡Salud, conciudadanos, al 16 de Setiembre de 810, en que brilló para México la aurora de la libertad!

El amor á la patria y á la gloria, que reproduce con su fuego sacro á los Escevolus y Cursios, la magnanimidad que no mide los peligros, y el valor que los arrostra, lanzan á nuestros padres contra el despotismo atroz, como se lanzaron los tres Decios á las filas del enemigo, á morir gloriosamente por la pública salvacion. Y estremeciéndose de júbilo la patria, se aflojan y aligeran las cadenas que la oprimen; y levantando su cabeza hermosa aunque abatida, contempla en el horizonte, escritas por la mano del Eterno, estas palabras inmortales: ¡México libre por los héroes de Dolores!

Cuando el tirano recibió sobre la cara el guante de la libertad, se desprendió de su corona, para caerse despues, el mas hermoso floron, la joya de mas cuantía. Furioso como el tigre por la presa que se le escapa, y por la voz de unos hombres, que siempre le hablaron ántes con el rostro prosternado en tierra, y que hoy ofenden su orgullo, reclamando los derechos nacionales, apresta para el combate los recursos de su gran poder. La real soberbia humillada dispone sus crueldades, y ya prepara sus tormentos el sacrilego fanatismo. ¡Por todas partes el cadalso y la cuchilla! ¡Por todas partes el anatema!

No es mi ánimo seguir la historia de combate tan heroico como desigual entre la metrópoli y la colonia; entre lo pasado y el porvenir, entre la esclavitud y la libertad; porque esos sitios venerandos de la gloria de nuestros

padres, que se presentan á la vista, donde quiera que se ponga, son monumentos perdurables de su constancia y valor, y el elogio mas cumplido á su eminente virtud. Contemplémos, sin embargo, aunque sea con rapidez, las fuerzas de su adversario, las dificultades con que luchaban y sus propias convicciones, para formarnos idea del tamaño de su abnegacion, y poder agradecer eternamente su espontáneo sacrificio.

Bien sabian los patriarcas de la independencia cuando lanzaron en Dolores el grito de libertad, que no solo lidiarian con un ejército numeroso, sino con el prestigio omnipotente de una dominacion secular, con las preocupaciones político-religiosas, profundamente arraigadas, y con la propia colonia, que embrutecida por el finatismo, defenderia por largo tiempo las cadenas de su esclavitud. Cuando lanzaron el grito inmortal sin hombres y sin recursos, no tuvieron la ilusion de ver á sus compatriotas libres y dichosos; pero estaban persuadidos de que el germen de la libertad fecundado con su sangre, produciria para sus hijos abundantes frutos de que solo ellos no podrian gustar. Así, pues, se resignaron á morir por la patria, levantando un estandarte que nunca pereceria, á despecho del despotismo con toda su pujanza.

Y fué la verdad, conciudadanos, la colonia despertó algun dia de su letargo y maldijo su pesada servidumbre. Disipáronse las preocupaciones á la luz de mil verdades, que brillaron por doquiera, cuando la tea nacional arrojó sus resplandores, como sol purísimo. El poder inmenso de trescientos años, débil y abatido, inclinó la cerviz ante la fuerza de la opinion; y humillado mas de una vez ese ejército formidable, tuvo que sucumbir, como el de Jerjes, á la voluntad del pueblo, á la justicia nacional. La ley del despotismo, compatriotas, dirijia las huestes del tirano; la libertad daba aliento al pecho de nuestros padres; y en el combate de la libertad y el despotismo la libertad es la que triunfa, porque la historia nos muestra lo imbecil del despotismo.

Obtener ese triunfo con el precio de su vida, fué la esperanza única de nuestros padres, su profunda conviccion. ¡Halagüena y triste conviccion que se cumplió esactamente! La patria cifó, en efecto, su cabeza augusta con la diadema inmortal de la soberanía; pero vistióse de luto por sus hijos mas queridos, por la sangre mas preciosa que derramara la tiranía en la lucha nacional.

¡El corazon se estremece al pronunciar estas palabras, y ocurren á la memoria los nombres execrables de Acatita de Bajan y de Salcedo...! ¡Apartaos de nosotros patíbulo de mis padres y su cruel verdugo! ¡No

VER "DISCURSO" de DON  
PRÓSPERO MARIA ALARCÓN,  
(págs 47 a 51)



perturbéis su reposo, arrancando á nuestra indignacion lágrimas de amargura en el dia solemne de la patria!

Truncó el despotismo impío las cabezas mas ilustres de los héroes de la independencia; mas la bandera inmortal que alzara su denuedo tremoló por todas partes. Y si el aire borrascoso de la adversidad inclinarla pudo allí, arrancándole un giron; acá se levantan ciento, y otras mil. Es la sombra de Dios quien la defiende, es el grito de la justicia y la razon quien la proclama; porque ella tiene por divisa estas palabras santas: *libertad, independencia*; y la fuerza brutal del despotismo puede herir pero no matar á la razon y á la justicia.

Los héroes tambien se multiplican, porque héroes son los que levantan la bandera, los unos se suceden á los otros, sucumbiendo los primeros bajo el hacha del verdugo para dar lugar á los segundos. Así descendiendo á la fosa la generacion de ayer para que viva y crezca la generacion de hoy. ¡Los héroes valen sin duda lo que una generacion!

Empero se cubrió de nubes el horizonte de México: hubo un instante de solemne angustia en que estéril parecia la sangre de los Hídalgos, Allendes, Morelos, Matamoros, Bravos, Galeanas, y de tantas víctimas ilustres que regaron con su sangre las aras de la patria. Herida como de muerte la libertad, anunciaba la feroz sonrisa del despotismo sus próximos funerales. . . Mas ya se despeja el horizonte y el despotismo tiembla. ¡La libertad se ha salvado! Sí, en las montañas del Sur tremola magestuosa la bandera de Dolores. Las montañas han sido siempre el templo de la libertad, su refugio salvador.

Un varon eminente por sus virtudes y patriotismo á quien Roma y Grecia, en sus épocas sublimes, hubieran colocado entre sus dioses, émulo digno del primer patriarca de la independencia, cuya gloria es tan brillante como la gloria de Hidalgo; D. Vicente Guerrero, el caudillo indomable, es el héroe que enarbola entre lo fragoso de las peñas la bandera mexicana. Cuatro años de costancia y de valor, de amargos sufrimientos y de pruebas dolorosas, conservó el sagrado fuego, hasta que respondiendo los mexicanos todos al grito de libertad é independencia, que fuera el grito de Dios, y hasta que el hombre extraordinario por su genio militar, sus talentos y denuedo, viéndose horrorizado las manchas que lo cubrían, se apresura á borrarlas con las glorias del patriota; y abrazando al inmortal Guerrero con todo el entusiasmo de su grande alma, tremoló para siempre vencedora la bandera de Dolores. Sí, conciudadanos, al abrazo de Guerrero y de Iturbide se cayó de la corona de España, y se cayó eternamente, aquel hermoso florón, que ántes se desprendiera al grito eminentemente heroico de los patriarcas

de la libertad. Así, pues, el 27 de Setiembre de 821 es el complemento del 16 de Setiembre de 810, porque en él se consumó la independencia de la patria iniciada en este por Hidalgo; y es glorioso, porque recibe sus glorias del segundo, que es el primero de nuestros dias.

Hé ahí, conciudadanos, la calenda de nuestra regeneracion política, el nacimiento de la patria. La libertad escribió entónces, con la sangre del primer caudillo, y de tantas víctimas de la independencia, en la terrible lucha de diez años, aquellas palabras divinas, que fueran ántes amarguísimo sarcasmo en boca de la España: „desde este momento vuestros destinos *ni dependen ya de los vireyes, ni de los gobernadores; están ya en vuestras manos.*”

Recoje el despotismo sus tinieblas; y al influjo de la libertad, que vivifica á los hombres como á las plantas el sol, difundíendose las ciencias con la prontitud del rayo, los que ántes ignoraban hasta el nombre de política, presentan á la civilizacion del mundo, que los contemplaba, un congreso eminentemente ilustrado. La legislacion, que nunca tuvo por fin los intereses de México, sino los bastardos de la metrópoli, fué desde aquella época feliz una legislacion nacional. La libertad, que aborrece las sombras de la ignorancia, porque es hija de la luz, permitió la manifestacion del pensamiento por medio de la prensa, que ilumina las inteligencias y hace temblar á los déspotas. Los derechos de los hombres se igualaron; y los esclavos dejaban de serlo con solo poner la planta en la tierra de la libertad, en el suelo mexicano. Los principios democráticos, que no reconocen mas aristocracia que la del mérito, atacaron las pasiones ruines, producto de la tiranía, formando la noble ambicion y el espíritu de gloria, que conquistó para los griegos y romanos el respeto del universo y la inmortalidad de un nombre. La fraternidad cristiana, compañera de las instituciones liberales, abrió los puertos de la república á los hombres de todo el mundo, que es un medio indispensable de conducir á los pueblos á la cima de su perfeccion y engrandecimiento. La emancipacion del continente americano proporcionó tambien al viejo mundo inmensas utilidades, que arrancarán de su gratitud, si algo significa este nombre, una palabra de bendicion á los Washington, Hidalgo, Bolivar y Rivadavia. Mas no seré fastidioso comparando los males de la patria en tiempo de la tiranía con los bienes que disfruta por causa de la libertad; pues que la historia presenta los primeros al entendimiento mas obtuso, y distingue los segundos el hombre que ménos vea, y porque basta reflexionar, que el esclavo solo puede producir las utilidades de una cosa; pero el hombre libre será tal vez el padre de una ciudad, la gloria de una nacion, el bienhechor del género humano. Pues bien: México bajo la dominacion española, era el esclavo; México emancipada

VER "DISCURSO" de DON  
PRÓSPERO MARÍA ALARCÓN,  
(págs 47 a 51)



es el hombre libre. Por lo mismo, aunque, por un fenómeno inexplicable, no hubiéramos obtenido los beneficios, que proporciona necesariamente la independencia de los pueblos, la esperanza de adquirirlos es una felicidad inmensa, que jamás apreciaremos debidamente.

Compatriotas, demos gracias á la Providencia por habernos librado de la servidumbre; y vivámosle reconocidos porque no es nuestro corazón el de esos hombres infames que se burlan, porque son traidores, de la historia del gran día, de las glorias de nuestros padres. Comprobemos nuestra gratitud profunda á los redentores de la patria no solamente con estrepitosos aplausos, que se lleva el aire, ó con estudiadas inscripciones, que dictó quizá la boca que los maldice, ó con monumentos orgullosos que destruye el tiempo, sino imitando fielmente sus heroicas virtudes; porque solo así podremos conservar intacta la herencia que nos legaron. Nada temamos entónces, si olvidándose la España de que somos hermanos, intenta por un extravío volvernos á su coyunda. Pretestos vergonzosos por fútiles y ridículos, que ni ella cree, son los que se alegan hoy para justificar una guerra. Mas ingenioso fué Cortes ¡vive Dios! en los tiempos de ignorancia para seducir á los sencillos aztecas; y ménos absurdo fué también el argumento de la imprescriptibilidad de la tiranía establecida por trescientos años con que defendió Barradas su loca expedición, que esos pretestos que se traen ahora, en el siglo de las luces, y á nosotros que vencimos á la España por una y segunda vez. La justicia nos asiste en la guerra que se insinúa: y si fuere despreciada la conducta del gobierno, toda de paz, con que ha demostrado al mundo que conoce perfectamente la ciencia de las naciones, probémos á la Iberia que somos dignos de la libertad, porque somos dignos de empuñar la espada de los Hidalgos, Iturbides y Teranes.

Loor sin duda merecen, compatriotas, aquellos hombres valientes, que no les tiembla el corazón ni se abaten como niños al peso del infortunio; pero dignos son de gloria perdurable los que se resignan á la muerte, como los trescientos espartanos, por la pública salvación. ¡Gloria eterna por lo mismo, á los Hidalgos y Allendes, á los Morelos y Matamoros, á los Guerrero y Iturbides, y á sus ilustres colaboradores! Invoquémos sus nombres en la paz dichosa para no profanar con discordias intestinas sus sepulcros venerandos; y si la libertad é independencia se encuentran amenazadas invoquémos también sus adorados nombres; porque esos padres de la patria y su ornamento mas precioso, serán eternamente los ángeles de su guarda, que nada defiende tanto á las naciones, dice un escritor, como la memoria de sus mártires y de sus glorias.—DICE.

ESTA COMPOSICION SE REPARTIÓ IMPRESA, AL PÚBLICO.

A LAS NACIONES LIBRES.

Entusiastas cantamos ahora,  
¡Libres! ya nuestra frente mirad;  
Vuestra vista á la patria de Hidalgo  
Presurosas y ufanas tornad.  
Con valor y constancia obtuvieron  
Nuestros padres, un triunfo cabal,  
Defendiendo los lares paternos  
A la par que el honor nacional.  
¡Sucumbieron! fatal desventura,  
¡Dura muerte! sus cuevos cegó:  
Mas la tierra empapada en su sangre  
A millares guerreros brotó.  
A la lid se apresuran veloces. . . .  
Del combate ya la hora sonó,  
„Libertad, libertad” gritan ellos,  
Libertad la victoria les dió.

José Simón Riverde.



VER "DISCURSO" de DON  
PRÓSPERO MARÍA ALARCÓN,  
(págs 47 a 51)